



CHECOSLOVAQUIA EN LA ENCRUCIJADA

Václav VALENTA

La revolución democrática que tuvo lugar en Checoslovaquia en noviembre de 1989 liquidó en poco tiempo el poder político del Partido Comunista, así como el régimen totalitario, creando un amplio espacio para las actividades políticas. El entusiasmo general que produjo la libertad desapareció tras unos meses a causa de diversos problemas y contradicciones propios del régimen democrático.

Los Estados poscomunistas iniciaron un período de transformación económica, social y política, al pasar de una economía dirigida y planificada desde el centro a una economía de mercado; de una sociedad rigurosamente dirigida y dominada por el partido comunista a una comunidad basada en principios democráticos donde se admite la pluralidad de opiniones políticas, económicas y sociales, y donde es necesario

buscar un consenso, contando, además, con la libertad de la prensa y el resto de los medios de comunicación. Este proceso resulta extremadamente complejo en todos los países que pertenecieron al bloque comunista, incluyendo a Checoslovaquia, mucho más difícil de lo que la población y la mayoría de los representantes políticos recién elegidos habían creído. El apoyo general a la nueva representación política por parte de

todas las capas de la sociedad checoslovaca se debió no sólo al descontento general con el régimen anterior, sino también a la esperanza de que el cambio político acarrearía una mejora general de las condiciones sociales, económicas y de vida en un plazo relativamente breve. En plena euforia tras la caída del régimen totalitario, varios políticos ambiciosos fomentaron las expectativas de la población, explicando que en su país «la verdad y el amor triunfarían sobre la mentira y el odio», uno de los lemas del presidente de Checoslovaquia, Václav Havel. Con la generosa ayuda del Oeste se superaría el retraso económico, y por medio de la privatización se daría un nuevo dinamismo a la economía del país. Sin embargo, la evolución de Checoslovaquia en los últimos tres años es muy distinta y las esperanzas románticas parecen ahora falsas ilusiones.

A continuación analizaremos tres problemas esenciales de la Checoslovaquia de 1992: la transformación de la economía y la situación social de la población; la evolución política hacia la democracia; y la cuestión de la cohabitación de checos y eslovacos, el principal problema del país.

Estas dificultades se revelaron desde los primeros días de la «revolución de terciopelo», así como una relación muy estrecha entre ellos, a pesar de que en ciertos períodos uno prevalezca sobre los demás. Estudiaremos varias soluciones propuestas por diversos partidos o movimientos políticos, soluciones que suelen reflejar sus intereses con respecto a los tres problemas. Sin tener

Existía la esperanza de que el cambio político acarrearía una mejora general de las condiciones sociales, económicas y de vida.

en cuenta esta relación no podríamos comprender los «grandes saltos» que dan ciertos políticos y partidos en un asunto tan esencial como es la conservación o la partición de la unidad checoslovaca.

Transformación de la economía checoslovaca y situación social de la población

Una de las tareas fundamentales del Gobierno democrático fue iniciar un proceso de transformación de la economía anterior, socializada en su práctica totalidad, con empresas estatales y cooperativas socialistas, para llegar a una economía de mercado. En la primavera de 1990 se presentaron varios planes de transición. La Asamblea Federal aceptó un plan que suponía una terapia de choque presentado por el ministro de Economía Václav Klaus, que durante el régimen comunista había sido investigador científico en el Instituto de Previsión de la Academia de Ciencias Checoslovaca, ingresando en la vida política en noviembre de 1989 como coordinador del Foro Cívico. Su proyecto se basaba en la receta que hoy en día suelen propugnar el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y, en general, los economistas neoliberales. Exige una reforma rápida y profunda mediante medidas monetarias, la liberalización de los precios, la devaluación de la corona checoslovaca, la privatización total de la industria, la agricultura, el comercio y otros servicios, en suma, una reestructuración total de la economía con todas las dificultades que suele entrañar. En relación con los índices de principios de 1990, continúa el descenso de la producción industrial y agrícola, la demanda interior también ha bajado, y se ha producido un aumento radical de los precios que ha debilitado el poder adquisitivo de la mayoría de la población.

La excesiva nivelación de los salarios bajo el régimen comunista, que se reflejaba

en una nivelación social —pocos ricos y pocos pobres—, ha dado paso a grandes diferencias sociales. La reforma basada en el proyecto de Klaus, unida a la privatización total y la restitución de los bienes nacionalizados durante el régimen anterior, ofrece grandes posibilidades de enriquecimiento a unos pocos, pero conlleva el empobrecimiento de muchos. El modelo social que caracterizaba a la Checoslovaquia comunista respondía a una elipse. En la actualidad puede representarse como un triángulo, pero habría que saber si éste responde al modelo de los países más avanzados donde reina el Estado de bienestar, o al de los subdesarrollados. Al mismo tiempo, las consecuencias sociales de la transformación económica varían mucho de una región a otra y tienen un carácter mucho más negativo en Eslovaquia que en la República Checa (Bohemia, Moravia y Silesia).

Entre los críticos del proyecto de reforma económica de Klaus se encuentran varios teóricos, economistas, sociólogos y políticos que rechazan la necesidad de semejantes sacrificios por parte de la población y la exigencia de una recesión profunda para la reactivación, y que hacen hincapié en las consecuencias de índole social del cambio. Para asegurar el cumplimiento de su proyecto, Václav Klaus decidió desempeñar un papel más importante en la vida política checoslovaca poniéndose a la cabeza del partido conservador.

La evolución política de Checoslovaquia

La Checoslovaquia de antes de la guerra (1918-1938) era un Estado democrático. Poseía una democracia parlamentaria, en el gobierno alternaban los partidos de centroizquierda (Partido Socialdemócrata y Partido Socialista Nacional) con los de centroderecha (Partido Agrario). Después de la Segunda Guerra Mundial parecía que Checoslovaquia prolongaría su tradición demo-

Continúa el descenso de la producción industrial y agrícola, de la demanda interior, así como un aumento radical de los precios.

crática y que, dada la nueva situación geopolítica, se convertiría en un «puente entre el Este y el Oeste» (como propugnara su presidente Edvard Benes, 1935-38 y 1945-48). El golpe de Estado que se produjo en febrero de 1948 acabó con la democracia parlamentaria e instauró un régimen totalitario dirigido por el Partido Comunista que reprodujo los horrores del estalinismo. El intento del ala progresista del Partido Comunista de construir un nuevo modelo de socialismo, el socialismo democrático, aceptado con gran simpatía por la práctica totalidad de la sociedad checoslovaca, se vio frustrado con la intervención soviética de agosto de 1968. El desfase económico que sufrió el país a partir de mediados de los años 70, la violación de las libertades y los derechos humanos, el fracaso de la «*perestroika*» que, en lugar de favorecer el desarrollo del socialismo, aceleró su crisis económica, social y política, provocaron un descontento latente entre el pueblo checoslovaco, incluidos los comunistas (el Partido Comunista contaba, antes de noviembre de 1989, con 1.750.000 afiliados). Los líderes comunistas estaban aislados, y por ello la «*revolución de terciopelo*» triunfó sin dificultades. El poder político cayó en manos del Foro Cívico (en la República Checa) y de los ciudadanos contra la Violencia (en Eslovaquia), movimientos que se crearon durante la revolución de noviembre de 1989, encargados de encauzar las aspiraciones políticas del pueblo. Los principales cargos de estos movimientos han sido ocupados por disidentes del anterior régimen, los firmantes de la Carta 77, y algunos artis-

La excesiva nivelación de los salarios bajo el régimen comunista ha dado paso a grandes diferencias sociales.

tas e intelectuales. Gracias a una importante campaña organizada por sus partidarios, la persona más popular del país pasó a ser Václav Havel, escritor y dramaturgo perseguido por la Seguridad Estatal, encarcelado en las décadas 70 y 80 y uno de los autores de la Carta 77. A resultas de la presión popular, el Parlamento, en cuyos escaños aún abundaban los comunistas, eligió en diciembre de 1989 y por unanimidad a Havel como Presidente de la República.

Ambos movimientos ciudadanos triunfaron en las elecciones parlamentarias (a la Asamblea Federal, el Consejo Nacional Checo, y el Consejo Nacional Eslovaco), y sus representaciones fortalecieron luego sus posiciones en todos los órganos estatales. Los resultados de las elecciones parlamentarias de 1990 han creado unas condiciones muy favorables para el proceso de cambio, ya que la oposición comunista era relativamente débil. Pero en el otoño de 1990 se constató que el único vínculo que unía a ambos movimientos era la destrucción del sistema político comunista y que se daban importantes diferencias de opinión entre los representantes de los diversos grupos en cuanto a la construcción de un nuevo sistema político, social y económico. A finales de 1990 se inició el proceso de desintegración del Foro Cívico y más adelante se disolvió Ciudadanos contra la Violencia. En un primer momento surgió del Foro Cívico un pequeño grupo de diputados derechistas que constituyó la Alianza Democrática Cívica. En enero de 1991, Václav Klaus fue elegido presidente del Foro Cívico, e in-

tentó convertirlo en un partido de derechas que defendía el restablecimiento del capitalismo en el país, rechazaba el ideario socialista y toda forma de socialismo, exigiendo a sus miembros que apoyasen su propuesta de reforma radical. Estas ideas no fueron aceptadas por los centristas y el Foro Cívico se dividió en dos grupos que fundaron, por un lado, el Partido Democrático Cívico (la derecha, encabezada por Václav Klaus), y el Movimiento Cívico (centro derecha, liderado por el ministro de Asuntos Exteriores Jirí Dienstbier). La mayor parte de los diputados de los órganos legislativos elegidos como candidatos del Foro Cívico se incorporaron al partido de Klaus o a otra agrupación derechista, mientras que la mayoría de los ministros pertenecía al Movimiento Cívico. En términos generales, hasta las elecciones de junio de 1992 prevalecía entre ambos grupos un espíritu de colaboración, aunque no faltaban las tensiones. Ciertos proyectos de ley presentados al Parlamento por el Gobierno Federal resultaban excesivamente moderados a ojos de los diputados derechistas, que durante el desmembramiento del régimen anterior habían adoptado un papel conciliador. Un ejemplo típico es la Ley de purificación aprobada por la Asamblea Federal en octubre de 1991, que en varios aspectos sobrepasó a la propuesta gubernamental y que, según algunos políticos de izquierda y centristas, supone la violación de la Carta de los Derechos Ciudadanos. Esta ley declara la incompatibilidad del desempeño de ciertos cargos en los órganos estatales, el ejército, las empresas públicas, bancos, medios de comunicación, instituciones científicas y culturales, con ciertas actividades previas referidas al período que va desde febrero de 1948 a noviembre de 1989. Se refiere, por tanto, a los empleados y colaboradores de la Seguridad Estatal (policía secreta), a ciertos funcionarios y activistas del Partido Comunista, y a los afiliados a las Milicias Populares (tropas armadas del Partido Comunista).

Dicha ley excluye a una parte de la población checoslovaca de la vida pública, contraviniendo los principios de la Proclamación de la Carta 77. Otro ejemplo es la Ley Penal que considera la propaganda comunista, así como fascista, como actitudes punibles. Las negociaciones sobre ambos proyectos de ley fueron objeto de una dura lucha política. Su aprobación suponía el triunfo de la nueva derecha agrupada en torno al Partido Democrático Cívico y la derrota de los grupos moderados que formaban el Movimiento Cívico. Sin embargo, estos éxitos de la derecha, alcanzados bajo los lemas de «desbolchevización» y «depuración de la vida política, social y económica de las antiguas estructuras», es decir, de las personas vinculadas en mayor o menor grado con el régimen comunista, dieron pie a la formación de un grupo de oposición en la Asamblea Federal lo bastante fuerte como para impedir la aprobación de aquellas leyes constitucionales que requerían el acuerdo de tres quintas partes de los diputados de las dos cámaras parlamentarias. Buena prueba de su actuación es el destino de los proyectos de ley constitucional presentados por el Presidente Havel que, a pesar de la importante campaña política para secundarlos, no fueron aceptados por la Asamblea Federal.

Más adelante, y con mayor algarabía aún, se produjo la desintegración del movimiento Ciudadanos contra la Violencia. La reforma económica que impulsó el Gobierno Federal en todo el territorio checoslovaco tuvo unas consecuencias especialmente negativas en Eslovaquia, al cerrar algunas de las fábricas menos productivas, limitarse la producción armamentística y aumentar el paro. El presidente del Gobierno Eslovaco, Vladimir Mechiar, exigía de un modo cada vez más enérgico que los órganos federales respetasen la situación específica de Eslovaquia. Sus exigencias fueron rechazadas por «populistas» y «nacionalistas» y, con el apoyo del *Castillo* y del

Gobierno Federal, los federalistas eslovacos (pertenecientes a Ciudadanos contra la Violencia y al Partido Democrático) y los representantes del Movimiento Cristiano Demócrata de Ján Charnogursky crearon un grupo que se oponía al presidente. Mechiar perdió su cargo como Primer Ministro del Gobierno Eslovaco y dejó de dirigir el movimiento Ciudadanos contra la Violencia. Con sus partidarios fundó el Movimiento por una Eslovaquia Democrática, que en poco tiempo logró obtener un amplio apoyo popular en Eslovaquia. Si en la República Checa existía una cierta colaboración entre el Partido Democrático Cívico, la Alianza Democrática Cívica y el Movimiento Cívico, en la República Eslovaca, en cambio, el movimiento por una Eslovaquia Democrática pasó a la oposición.

A continuación se consolidaron en el país tres orientaciones políticas que responden al esquema clásico: la derecha, el centro —con sus grupos a izquierda y derecha—, y la izquierda, todos ellos con ideas y programas distintos. En las elecciones parlamentarias de la República Checa celebradas en junio de 1992 ganaron los partidos de la derecha: el Partido Democrático Cívico, que formó coalición con el Partido Cristiano Demócrata, el Partido Popular y la Alianza Democrática Cívica. El centro-derecha —el Movimiento Cívico— fracasó, y los otros representantes en los órganos legislativos son, además de los comunistas —el Bloque de Izquierda—, los partidos de centro-izquierda (Partido Social Demócrata, Unión Liberal Social) y de extrema

Los resultados de las elecciones parlamentarias de 1990 han creado unas condiciones muy favorables para el proceso de cambio.

La reforma económica que impulsó el Gobierno en todo el territorio checoslovaco tuvo consecuencias especialmente negativas en Eslovaquia.

derecha (Partido Republicano de Checoslovaquia). En la República Eslovaca triunfó el Movimiento por una Eslovaquia Democrática, de ideología de centro-izquierda y que forma coalición con el Partido de la Izquierda Democrática y el Partido Nacional Eslovaco. Los resultados electorales aseguran a los dos partidos ganadores una influencia decisiva sobre los órganos nacionales de las dos repúblicas y cierta superioridad en los consejos nacionales, así como cargos en los gobiernos nacionales, cuyos presidentes son los líderes de ambos partidos, Klaus en la República Checa y Mečiar en la Eslovaca; pero exigen el consenso y la colaboración mutua en los órganos federales comunes de la República Federativa Checa y Eslovaca.

Los problemas nacionales de Checoslovaquia

El nacionalismo moderno ha desempeñado, en su vertiente más rigurosa, un papel muy negativo en la historia europea de la primera mitad del siglo XX, sobre todo en sus dos guerras. Parecía que en la segunda mitad de este siglo había perdido importancia e influencia como fenómeno social. En el mundo socialista se acentuaba el internacionalismo como una nueva cualidad de las relaciones entre las naciones —recordemos los lemas de la unidad del pueblo soviético o yugoslavo, o sobre la fraternidad entre checos y eslovacos— y el nacionalismo se consideraba como un anacronismo.

La caída de los regímenes totalitarios demostró que los problemas nacionales de los países del Este de Europa habían sido sólo sofocados bajo el régimen comunista. En la actualidad nos encontramos con el renacimiento de un nacionalismo que crea situaciones muy difíciles y complica enormemente el proceso de transición hacia la democracia. En algunas regiones está llegando a provocar violentas enemistades entre las diversas etnias. Sin embargo, los intereses nacionales y el deseo de las naciones de alcanzar soberanía e independencia nacionales se convierten a menudo, tanto hoy como en el pasado, en «estandar-tes» que esgrimen políticos ambiciosos que abusan del patriotismo y del nacionalismo para realizar sus aspiraciones personales y llevar a la práctica sus propias concepciones políticas, sociales y económicas sin respetar los auténticos intereses y necesidades de «sus» naciones.

Para comprender los problemas actuales de la relación entre checos y eslovacos es necesario conocer su historia. Tanto checos como eslovacos son eslavos occidentales y sus lenguas son muy parecidas. La duración del Estado que los aunó fue relativamente breve. La República Checoslovaca se constituyó en el año 1918, dejó de existir durante la Segunda Guerra Mundial (1939-45) y fue restaurada en 1945. Los checos de la Edad Media contaron con un Estado independiente (entre los siglos X y XVI) y en el imperio austriaco gozaron de cierta autonomía, muy mermada tras la derrota de los checos en la batalla de la Montaña Blanca en 1620, y prácticamente liquidada en la segunda mitad del siglo XVIII por las reformas centralistas. Por su parte, los eslovacos vivieron bajo la monarquía húngara siempre como una nación dominada. El renacimiento nacional de la primera mitad del siglo XIX resucitó los sentimientos nacionales de los checos y eslovacos sometidos a la opresión ejercida por alemanes (de Austria y de los Sudetes) y húngaros, y la idea de la colabo-

ración entre todos los eslavos fortaleció las relaciones políticas y culturales entre checos y eslovacos. La incapacidad de los círculos gubernamentales del Imperio Austro-Húngaro de respetar las exigencias de las naciones fue una de las causas del desmoronamiento de aquél en 1918.

Entre los nuevos Estados de la Europa Central se contaba la República Checoslovaca, en la que convivían varias naciones: checos, eslovacos, alemanes, húngaros, polacos, rusos. Se trataba, por tanto, de un Estado multinacional. Con el pragmático fin de fortalecer la base nacional del nuevo Estado, los representantes políticos del país formularon la idea de una única nación checoslovaca que incluía a la población checa y eslovaca. La República Checoslovaca se constituyó como un Estado unitario, pero el «checoslovaquismo» no podía encubrir el hecho de que, en realidad, el poder político, social y económico permanecía en manos de los checos y que se estaba favoreciendo a las regiones occidentales de la República frente a la oriental. Los representantes de Checoslovaquia no querían conceder autonomía a Eslovaquia. Esta la obtuvo tras el Pacto de Munich, durante un breve período entre octubre de 1938 y marzo de 1939. Hitler aprovechó la tensión existente entre checos y eslovacos, obligando a los representantes de Eslovaquia a declarar su independencia. En aquel momento, la mayoría de los checos percibió este gesto como una traición. Sin embargo, sólo una parte de la nación eslovaca se identificó con una independencia que dependía de la colaboración con la Alemania fascista. En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial se fue fortaleciendo la idea de restaurar una Checoslovaquia que fue un Estado común de dos naciones iguales en derechos. Durante la sublevación nacional de 1944 muchos eslovacos demócratas lucharon por este ideal. El programa del nuevo Gobierno checoslovaco formado en abril de 1945 incluía el principio de amis-

***Las negociaciones en torno
a la nueva Constitución
checoslovaca fracasaron por falta
de voluntad de llegar a
un consenso.***

tad y fraternidad entre las naciones checa y eslovaca, su igualdad de derechos, y el anhelo de compartir un Estado común. No obstante, tampoco la Checoslovaquia de posguerra pasó de ser un Estado unitario en el que se aprobó un sistema poco equilibrado, con unos órganos nacionales eslovacos limitados que tuvieron que ceder cada vez más competencias en favor de los órganos centrales. Algunos eslovacos consideraron que esta solución perpetuaba el paternalismo checo y el centralismo praguense, y no es de extrañar que la apertura que trajo la Primavera de Praga de 1968 reviviese la exigencia de una transformación del sistema estatal que diera paso a un Estado federal. En octubre de 1968 se aprobó la ley que permitió este cambio y que entró en vigor en el año 1969. A partir de ese momento se constituyeron los órganos federales comunes para toda la República (la Asamblea Federal, el Gobierno Federal, el Presidente de la República) y los órganos nacionales (Consejo Nacional y Gobierno Nacional Checo y Eslovaco). Las competencias de los órganos nacionales se limitaron considerablemente en favor de los centrales, y a menudo aquéllos se vieron impotentes. Pero, a la postre, bajo el régimen comunistas el poder real no lo tenían tampoco los órganos estatales sino los del Partido Comunista.

Tras el derrocamiento de dicho régimen, surgió de nuevo el problema de la federación checoslovaca, de las competencias de los órganos centrales (federales), frente a los nacionales, en suma, el problema de la

***Las encuestas demuestran
que la mayor parte de los
ciudadanos, tanto checos como
eslovacos, prefieren un Estado
común.***

cohabitación de checos y eslovacos. Era evidente que con el cambio político debía modificarse el nombre del Estado. La población checa opinaba que bastaría con excluir la palabra «socialista» y volver a la tradicional designación de República checoslovaca, usada en los períodos de 1918-1938 y 1945-1960. Sin embargo, los representantes eslovacos de casi todas las orientaciones políticas se opusieron a esta denominación, y solicitaron que se expresase el carácter federal del Estado y la existencia de dos Repúblicas. Tras arduas discusiones y ante el peligro de una crisis parlamentaria, se llegó a una solución por la que se aprobaba el complicado nombre de República Federativa Checa y Eslovaca.

Los representantes surgidos de las elecciones parlamentarias de 1990 no lograron solucionar la cuestión de las competencias de los órganos federales y nacionales, y de la nueva forma estatal que adoptaría el país. Todas las negociaciones sobre dichas competencias y sobre la nueva Constitución checoslovaca, en las que con frecuencia participaba el Presidente Havel, que intentaba desempeñar el papel de árbitro, parecían abocadas a desencadenar una crisis política. Los representantes eslovacos trataban de presionar en favor de la transferencia de competencias propias de los órganos federales a los nacionales, y la tensión llegó a un punto álgido en el otoño de 1990. Ciertos centralistas checos consideraron que la expulsión de Mečiar del cargo de Primer Ministro del Gobierno eslovaco era una

buena ocasión para conservar una federación checoslovaca centralista en mayor o menor grado. A pesar de su relativa moderación, los representantes del Movimiento Cristiano Demócrata no cedieron a las reivindicaciones centralistas de los representantes de los órganos federales, apoyadas por los representantes de los órganos nacionales checos. Las negociaciones en torno a la nueva Constitución checoslovaca fracasaron por la falta de voluntad de ambas representaciones de llegar a un consenso. La propaganda oficial checa declaraba a los eslovacos culpables de fomentar una ruptura, y solicitaba la celebración de un referéndum en favor de la conservación del Estado. Las elecciones parlamentarias de junio de 1992 modificaron radicalmente esta situación. Únicamente el Partido Nacional Eslovaco incluyó expresamente en su programa electoral la reivindicación de la separación de ambas repúblicas. El Movimiento por la Eslovaquia Democrática reclamaba la creación de una confederación, el Partido de la Izquierda Democrática una federación libre, el Partido Democrático Cívico una federación funcional. Los resultados de las elecciones permitieron que en la República Checa los partidos de derecha controlasen los órganos nacionales, y en Eslovaquia los partidos orientados hacia la izquierda. En cuanto a los órganos federales, las posiciones de la derecha y la izquierda están equilibradas, y su funcionamiento requiere el acuerdo de ambas partes. A partir de ese momento nos encontramos con que la derecha checa trata de presionar en favor de la ruptura de Checoslovaquia, de una separación de ambas repúblicas en el plazo más breve posible. Tras ver rechazado un modelo de reforma económica en Eslovaquia, Václav Klaus desea realizar su proyecto «del único camino posible para la transformación económica» en la República Checa. Considera que la coalición y la colaboración entre la izquierda eslovaca y la checa amenaza seriamente sus planes. Está tratando de coordinar el avance de la dere-

cha checa, y que los que le son fieles, tanto en su propio partido como en otros grupos parlamentarios y extraparlamentarios, dominen todos los cargos importantes del país. Algunos de los acérrimos defensores de la unidad de Checoslovaquia durante el período electoral han pasado a ser resueltos partidarios de la separación.

Un nuevo rasgo de la política checoslovaca lo constituyen las negociaciones entre los dos partidos ganadores en las elecciones de 1992, el Partido Democrático Cívico (Klaus) y el Movimiento por una Eslovaquia Democrática, para coordinar la transformación política, es decir, la asignación de cargos en los órganos federales, y los pasos que conducirán a la separación de ambas repúblicas, ya que, en opinión de Klaus, la federación checoslovaca no tiene futuro.

Sin embargo, en términos generales la población no acepta la idea de la ruptura del Estado checoslovaco. Hasta el momento los resultados de las encuestas demuestran que, a pesar de la propaganda, la mayor parte de los ciudadanos tanto checos como eslovacos prefieren la existencia del Estado común, aunque difieran en cuanto a la forma que debe adoptar —unitario, federal, confederal— y rechazan la separación de las repúblicas. Los partidarios de la federación checoslovaca exigen la celebración de un referéndum conjunto para que la población exprese su voluntad. Apoyan esta propuesta los partidos de izquierda y de centro-izquierda, varios movimientos centristas de intelectuales, así como el Partido Republicano de Checoslovaquia. Aducen que los

partidos que ganaron las elecciones no expresaron en sus programas la idea de la liquidación del Estado común, y que la cuestión sólo puede resolverse mediante un referéndum. Según ellos, la separación agravaría las dificultades económicas y complicaría el proceso de la incorporación del país a la Comunidad Europea. Pero, ¿qué papel desempeña en esta cuestión Václav Havel, el héroe de la revolución de terciopelo? Durante los dos años que permaneció en la presidencia perdió gran parte de su popularidad y autoridad. Junto con sus numerosos asesores, manifestó en diversas ocasiones poca experiencia y madurez política, así como cierta inclinación al exhibicionismo. En las elecciones presidenciales fue rechazado por la mayoría de los diputados eslovacos y gran parte de los de izquierda y republicanos. Decidió abdicar del cargo de Presidente de Checoslovaquia con la esperanza de ser elegido Presidente de la República Checa, por lo que perdió la simpatía de parte de sus admiradores, partidarios de la unidad de Checoslovaquia.

La República Federativa Checa y Eslovaca se encuentra hoy en una encrucijada. Las probabilidades de que este Estado centro-europeo desaparezca son muy altas. Sin embargo, en mi opinión, la causa de la posible ruptura no es de origen nacional, sino que procede de la disparidad de ideas acerca de la transformación económica, social y política. Los dirigentes de ambas repúblicas parecen preferir la extinción del Estado común y la formación de dos repúblicas independientes antes que buscar un consenso aceptable.